

les estaba destinado. Esto le pareció muy aflictivo, y, sin embargo, seguía á los grupos, aunque sin saber si lo hacía por verse más acompañado en su pavorosa soledad, ó por guiarse mejor con la luz de sus faroles, ó porque le arrastraba la fascinación de lo tremendo, como arrastra la visión de los abismos.

Explorando así entre vivos y muertos, y devorando, más bien que mirando, con los ojos hechos ya á la obscuridad y á descifrar los engaños en que envolvían á las personas errabundas los resplandores siniestros de las llamas, dió con otro grupo de hombres cuya ocupación era cuanto allí le quedaba que ver. Aquellos hombres llevaban entre manos unos sacos negros, muy grandes, y en estos sacos iban metiendo los despojos que encontraban desparramados: miembros, entrañas... y hasta la sangre, recogida del suelo con la tierra empapada en ella y por ella santificada ya... Asociósele, con la fuerza y velocidad del rayo, el recuerdo de su madre desaparecida á la visión de aquellas reliquias espantosas, y no pudo más el desdichado: sintió una angustia indefinible entre corrientes de sudor frío que le bañaban el cuerpo; turbósele la vista, y sin fuerzas para sostenerse de pie, cayó desplomado sobre un rimerero de escombros.

Quando volvió en sí, socorrido por aquellos

buenos hombres, respondiendo á preguntas que le hicieron, les contó su desventura y sus intentos malogrados. Allí, á aquellas horas, había perdido su última esperanza. ¿Qué le quedaba sin explorar? ¿Qué más muertos, qué más heridos ni qué más buscadores de ellos, que los que ya había visto y reconocido él? Dijéronle entonces, acaso para levantarle un poco el espíritu desmayado, que había en el Hospital muchos heridos y muertos de que él no tenía noticia, y ello bastó, en efecto, para que le renacieran los bríos y se creyera capaz de los imposibles. ¿Por dónde se iba al Hospital? Le indicaron dos caminos: el más abreviado y el más largo; pero eligió el segundo, porque el arranque del primero, según se veía desde allí, estaba obstruido por dos incendios que casi cruzaban ya sus llamaradas.

Hasta entonces no se había detenido el pobre muchacho á considerar el incremento que tomaba por instantes aquel nuevo desastre, y la extensión y fuerza que alcanzaba. Por el lado del Norte formaban las llamas una altísima cordillera; y de la anchura que había adquirido su base, de la cual parecían las raíces las enrojecidas lenguas que asomaban por todos los corroídos huecos de los edificios que le servían de pasto y golosina, se deducía fácilmente que estaban ardiendo los dos lados de

la calle trasera en casi toda su longitud. A su vez, el primer incendio del otro lado, el del Oeste, encrespándose y respingando y nutriéndose sin cesar de las casas en que había hecho presa, se esforzaba en dilatarse á diestro y siniestro, pero especialmente hacia el Norte, como si tratara de tomar de aquel otro incendio más pujanza, para llegar de un salto á enlazarse con él que le seguía por el Sur, el cual también se cernía y forcejeaba para salirle al encuentro.

Por misericordia de Dios, las voraces hogueras subían pacíficas y rectas al espacio, en cuyas alturas chisporroteaban sus pavesas entre los remolinos del humo ceniciento acumulado allí en espesos nubarrones. Un soplo de aire que inclinara las llamas hacia el Norte, y desaparecía toda la ciudad en breves horas. No se concebían en lo humano fuerzas bastantes para triunfar en una lucha contra enemigos como los de aquel día; día no menos infausto y pavoroso que los evocados por el poeta; aquellos

«..... días de espanto
en que rezan á solas los ateos.»

* * *

¿Qué fuerzas sostenían á Pachín para hacerle capaz de tanta resistencia? ¿Quién de los que le veían pasar y adelantarse á todos los que más andaban entre calles, y retroceder de pronto, ó desviarse para examinar un corrillo de mujeres, ó meter la cabeza por las entreabiertas hojas de la puerta de un tenducho, porque había creído oír una voz que se parecía á la de su madre, podía sospechar siquiera lo que aquella criatura llevaba andado, rebuscado, y padecido en el cuerpo y en el alma, desde las cinco de la tarde? ¡Oh! si los que pesan y miden por escrúpulos la fuerza y la resistencia de determinadas substancias del mundo físico, pudieran estimar del mismo modo lo de que es capaz y resiste el espíritu humano puesto en tensión vibrante por los grandes infortunios de la vida, ¡qué hallazgo para la ciencia y qué sorpresa para los sabios del alambique! Pues esta fuerza prodigiosa era la que sustentaba á Pachín y ponía en actividad todos sus miembros, y en plena luz su juvenil inteligencia, y le hacía insensible al dolor de sus heridas y á los lamentos de los desdichados como él, y diestro en la obscuridad de la noche entre calles que jamás había pisado, y sutil en la investigación de su camino. ¡Si hubiera podido dominar sus impacencias como su debilidad y sus angustias! Y

eso que no iba solo, porque le acompañaban otros muchos peregrinos del dolor. *Allá* iban todos en busca de lo que no habían podido descubrir en otra parte. ¡Lo mismo que él! Y con ellos siguió, calle arriba, calle arriba, como si todos fueran unos, aunque todos eran extraños entre sí. Nada se hablaban, nada se decían; pero casi todos lloraban en silencio, y éste era el lenguaje único inteligible y familiar de aquel pueblo en aquellas horas de infortunios cuya expresión no cabía en ninguna lengua humana.

El portón del Hospital estaba abierto, porque no había un instante en que alguien no entrara ó no saliera por él. Pachín entró, adelantándose un buen trecho á los que con él iban; y dejándose guiar por las primeras luces que descubrieron sus ojos al hallarse en una galería de macizos arcos de piedra, tomó por el lado derecho, sin parar mientes en las monjas y otros servidores del piadoso asilo, que pasaban á su lado en afanoso trajín; volvió luego hacia la izquierda, siguiendo los rumbos de la nave; vióse enfrente de la embocadura de una gran escalera; subió por ella, y se encontró en otra galería como la de abajo, pero más abrigada y menos libre de estorbos para recorrerla, porque estaba á medio llenar, y continuaba llenándose, de camas improvi-

sadas tendidas en el suelo. Mientras dudaba si tomar por un lado ó por otro, y sin atreverse á preguntar á nadie, ó quizás olvidado ya de cómo se preguntaba por lo que no se sabía, oyó rumor de voces y de lamentos hacia la derecha, y por aquel lado se encaminó. Á los pocos pasos topó con una puerta que daba ingreso á una habitación colmada de gente. De allí salían los rumores y los ayes. La habitación no era grande; pero sí lujosa, al parecer del aldeanillo, con muchos retratos en las paredes, y un piso tan reluciente y *fino*, que Pachín se resbalaba al andar sobre lo poco de él que estaba desembarazado. Olía allí mucho «á botica», y había colchones y mantas en el suelo, y en cada cama de éstas y sobre cada mueble de los arrimados á las paredes, un herido ó un moribundo. Junto á los primeros, curándoles las tremendas heridas, médicos con sus blancos mandiles por delante, y la bruñida herramienta ó los vendajes entre manos, y practicantes que les ayudaban en la cruenta labor, y las santas siervas de la Caridad que cuidaban de todo y á todo atendían como quienes eran. Junto á un hombre que se moría, un sacerdote arrodillado é inclinado sobre él, casi abrazándole; un sacerdote muy extraño para Pachín, que recordaba haberle visto en idénticas ocupaciones en la casa de socorro: vestía

ropaje muy fino de color morado; colgaba de su cuello sobre el pecho un crucifijo de oro, y llevaba un grueso anillo en una de sus manos. Su voz era dulce, como el mirar de sus ojos compasivos, y su palabra, elocuente, persuasiva y amorosa. ¡Qué cosas sabía decir al moribundo, casi llorando de pena! ¡qué valor le infundía, y cómo le consolaba! Jamás había visto Pachín un Obispo sino en estampas y con mitra, báculo y capa pluvial; y por eso no conoció al de su Diócesis en aquel caritativo y humilde sacerdote con vestiduras moradas, de corte igual al de las negras de los otros curas que por allí andaban también, como en la casa de socorro y en el campo mismo de la catástrofe.

Pero ni entre los que se morían, ni entre los que eran curados por los médicos ó esperaban su turno para curarse, ni entre los vivos y sanos que se entretejían con ellos, se hallaba su madre. Supo que estaban colmadas de heridos todas las salas de cirugía del Hospital, y que por eso se había habilitado precipitadamente aquélla, cuyos destinos ordinarios eran bien distintos; y en busca de las otras salas fué, con las señas que le dieron.

El rastro de las improvisadas camas de la galería, algunas ocupadas ya, iba enseñándole el camino á lo largo de ella; otro, de lamentos

y quejidos, le guió á un departamento en que había dos grandes mesas de muy extraña forma, y varios aparatos de uso desconocido también para el ignorante aldeanillo, aunque por el sitio en que se hallaban y la vecindad que tenían, y, sobre todo, por «el arte» de unas herramientas que vió relucir en el fondo de un armario cerrado con cristales, presumió que nada de ello debía de ser para «cosa buena». En cada costado, según se entraba, había una puerta, y cada puerta daba ingreso á un gran salón en que se percibían mucha gente, muchas camas, muchos ayes y mucho olor «á boticas».

Tomó, al azar, por la derecha y penetró en aquella estancia; pero con más desahogo que en la primera que había visitado, porque no sólo era más grande, sino que las camas estaban armadas y en dos filas, con los testers á la pared, dejando entre los pies de unas y de otras un ancho pasadizo para la gente. Por lo demás, el mismo linaje de enfermos, iguales martirios, igual trabajo de los médicos y sus ayudantes, las mismas religiosas asistentes, idénticos moribundos con el cura á la cabeza, el mismo espanto en todas las caras, las mismas lágrimas en muchos ojos, y el mismo afanoso ir y venir de los que no podían subdistinguirse para estar á la vez en todas partes.

Pachín fué recorriendo cama por cama, detrás de los médicos unas veces, y otras como podía ó le era permitido; y sólo cuando llegó á las últimas, supo que no había más que hombres en aquella sala. La destinada á las mujeres era la de enfrente. Salió volando de aquella, atravesó la de los aparatos y penetró en la que le interesaba más.

Era una exacta reproducción de la de hombres, con el mismo número de camas y de enfermos, é idéntica legión de médicos y asistentes. Á Pachín le parecía imposible que habiendo tantas mujeres reunidas allí, víctimas de una misma causa, no fuera una de ellas su madre. Esto le reanimaba mucho las vacilantes ilusiones; pero al mismo tiempo aumentaba enormemente su trabajo. No tenía más campo de investigación que las caras; y la que de ellas no estaba desfigurada por el dolor, lo estaba por las heridas, ó por las contusiones, ó por el fango negro. Tenía que preguntar á la enferma misma, y casi nunca le respondían, ó le respondían con un ¡ay! que le desgarraba el alma. Á las más contrahechas de semblante ó aletargadas por el ardor de la fiebre, les gritaba su propio nombre al oído, para sorprender un indicio en un gesto ó en una vibración de aquella vida expirante. Cuando en estas investigaciones no satisfacía sus dudas, preguntaba

á las monjas, á los médicos, á cualquiera de los enfermeros, por la procedencia de la enferma, y, al último, por las ropas con que había llegado al Hospital, y corría á examinarlas; y con un desengaño más, volvía á la sala de nuevo á proseguir su dura labor, cada vez menos afortunada y más dificultosa.

Al darla por concluída allí, ¡qué hallazgo, en definitiva, el suyo! En los lugares azotados directamente por la catástrofe, había visto un sinnúmero de heridos y muertos; tantos, que había llegado á familiarizarse con los horrores amontonados, con la tizne del fango negro y los vestidos en jirones; pero en las camas del Hospital, siguiendo las faenas heroicas de los médicos, había estimado los horrores en toda su desnudez y detalle por detalle, limpios de todo disfraz y destacándose sobre la blancura de las ropas. Le parecía imposible que con aquellos enormes boquetes sanguinolentos, con aquellas desgarraduras espantosas de la carne, con aquellos miembros macerados y brutalmente desprendidos de sus goznes, pudieran vivir los pacientes hasta que, según también sabía ya, fueran operados en la sala contigua y en otras semejantes, á la luz del sol de nuevo día... si era creíble que nacieran días de sol de una noche como aquella.

Largo rato pasó el sin ventura á pie firme

en medio de la estancia, con la cabeza inclinada sobre el pecho, la imaginación perdida en un páramo de desconsuelos, y la memoria atestada de los espectáculos recientes que se renovaban en ella á cada instante con los lamentos que llegaban á sus oídos de todos los rincones del salón. Sintiendo enervarse sus fuerzas y no resignándose fácilmente á darse ya por vencido en su generoso empeño, preguntó si no le quedaba más que ver y que registrar en los departamentos de aquella casa. El preguntado, después de levantar los brazos hasta la cabeza y la vista hacia el techo, le respondió afirmativamente y le dió minuciosas señas del camino que debía seguir.

Con ellas en la memoria y reavivada su energía con el estímulo de una nueva esperanza, salió Pachín de allí; desanduvo todo lo andado al subir, y cuando acabó de bajar la escalera, atravesó el patio interior que tenía enfrente, y después la nave del claustro... Allí estaba, abierta de par en par, la puerta que se le había indicado en los informes.

* * *

Cuando puso los pies en el umbral, sintió en la cara la impresión del relente frío de la noche, y tropezaron sus ojos con las espesas

columnas de llamas de los incendios de Maliaño, recortadas en sus bases por la línea negra del muro que cerraba por dos lados el espacio del primer término. Se le antojaba que podían alcanzarse con las manos desde allí, á poco que se estiraran los brazos, las guedejas resplandecientes de las cabelleras infernales de aquellas furias destructoras, y tembló de espanto al considerar que podía cernerlas de un momento á otro una veleidad del aire sobre aquel santo asilo colmado de víctimas del otro azote. Rogó á Dios con toda su alma que apartara de allí tan negra desventura, y se dispuso á bajar los cuatro escalones de piedra que le separaban del suelo de aquel extraño recinto, que, por las primeras señas, le pareció un corral abierto, bien poblado de gente y regado de lágrimas.

El corral, patio ó lo que fuera, no tenía otra luz que la reflejada de los incendios por encima de las tapias, y, de este modo, acontecía en él lo que en la explanada de los muelles: que con aquellos reflejos indecisos y fantásticos, las sombras adquirirían mayor intensidad que la ordinaria, y en los relieves del suelo se multiplicaban los engaños; por lo cual le costaba á Pachín mucho trabajo orientarse en el terreno que dominaba mal con la vista en la penumbra. Al fin se orientó, aunque más le valiera

no haberlo conseguido; porque apenas descubrieron sus ojos, hechos ya á la obscuridad, los misterios de aquel cuadro, los apartó de él estremecido y se encontró sin fuerzas para dar un paso más hacia adelante. El recinto era largo y angosto y con el suelo muy inclinado hacia el Sur, es decir, hacia la mar; enfrente de la escalerilla había un cobertizo arrimado al muro que limitaba el patio por aquel lado, paralelo á la fachada del Hospital; en la parte alta, una puerta cochera; en la de abajo, un muro ciego; y entre este muro y la esquina visible del Hospital, un espacio encerrado por una verja. Inmediato al costado de la escalerilla, á la derecha de Pachín, de largo á largo en el suelo del patio y con la cabeza arrimada á la pared del edificio, había un cadáver; más abajo, á dos palmos de él, otro, y luego otro, y otro... y otro; y así hasta donde alcanzaba la vista ó lo permitía el estorbo de la gente que hormigueaba entre ellos. Por la puerta cochera entraban entonces un carro de bueyes y un furgón; y aquel furgón y aquel carro venían también cargados de muertos, que algunos hombres vivos iban colocando después, uno á uno, en la línea de la pared, boca arriba, para ser más fácilmente examinados y reconocidos por los buscadores que, como Pachín, llevaban horas y horas rastreando desolados lo que no

encontraban en ninguna parte. Con los cadáveres del furgón iban algunos sacos: aquellos sacos negros cuyo destino había espantado poco antes al pobre muchachuelo, el cual volvió á sufrir mayor espanto al ver que, después de conducidos del furgón á la tejavana, se amontonaba en el fondo de ella su contenido sangriento. No podía impresionar mucho la vista de unos muertos más á quien tantos y tantos había visto en pocas horas; ¡pero verlos como Pachín los veía allí... en aquel estrecho y obscuro callejón, ordenados en hilera y cara arriba, oyéndose el coro de gemidos de la gente que iba manoseándolos y reconociéndolos uno á uno; por lo alto, la luz siniestra de los incendios; abajo, la penumbra misteriosa y tétrica, y enfrente, el antro negro del cobertizo colmándose de despojos humanos y de sangre: todo esto ofrecía un conjunto de novedad tan patética y horripilante á los ojos del infeliz aldeanillo, que le hizo temblar de miedo y clavó sus pies en el umbral de la puerta.

Le costó mucho, mucho trabajo rehacerse; pero se rehizo al cabo, impulsándole la conciencia de su deber impuesto por las leyes de su corazón de hijo, y descendió con paso firme y resuelto los peldaños de la escalerilla; y tuvo valor, ó, por lo menos, fuerza de volun-

tad, para acercarse á la andanada de muertos, y pasarlos revista uno por uno, y palparlos y removerlos en busca de mejor luz, cuando eran sus mortajas vestiduras de mujer. Pasaba ya la fila de ellos de la esquina del Hospital, y penetraba en el enverjado. Pero en aquel terreno, que era un pedazo de jardín, cambiaba de forma la exposición y aparecían los cadáveres tendidos en los senderos, con los aterciopelados taludes de las canastillas por cabezal. ¡Contraste bien horrendo! La mansión de las flores, que son el adorno y la sonrisa de la Naturaleza, invadida y hollada por los despojos de la muerte en su aspecto más repulsivo y desconsolador.

Pachín notó el contraste á su manera, y á su manera le sintió en el fondo del alma, herida ya en lo más vivo por una alucinación de su vista perturbada. La luz de los incendios, al reverberar en el suelo y en las caras de los cadáveres, contraídas y desfiguradas, fingía en ellas convulsiones y gestos que Pachín descifraba siempre en un mismo sentido. Le parecía que todas aquellas caras terrosas, sepulcrales, mirando al cielo, imploraban algo de él: unas, misericordia; otras, venganza. Esta obsesión invencible y avasalladora, y el espectáculo asflictivo de los que, más felices... ó más desdichados que él, hallaban al

fin lo que habían ido á buscar en aquel fúnebre depósito, le obligaron á abandonarle.

Cuando, bien informado, además, de que nada le quedaba que hacer allí ni en ninguna otra parte de la ciudad por aquella noche, salía del enverjado en dirección á la puerta cochera que acababa de abrirse para dar paso á otros furgones con más muertos, se fijó en un hombre, muy anciano, que estaba sentado en un poyo y acariciaba la cabeza de un mastín acurrucado junto á él. Le sorprendió el hallazgo; y por entretener el miedo que le hacía temblar, ó por un inconsciente impulso de su condición de muchacho, preguntó al hombre lo que deseaba saber; y el hombre, bondadoso y con voz dulce y en la desconcertada sintaxis de todos los campesinos de su tierra, después de quitarse de la boca la pipa de barro que chupaba maquinalmente, satisfizo su curiosidad. Era hortelano «de la casa» muchos años hacía, y el perro, guardián de la huerta por las noches. Estaban allí los dos juntos, para que el mastín no molestara á *nadie*; y no le tenía solo y amarrado en su garita, porque no ladrara.

—¿Y qué que ladrara? —preguntó Pachín.

El buen hombre le miró con gesto admirativo; y extendiendo una mano después y la vista sobre la andanada de cadáveres, le dijo:

—¡LadRAR... ladRAR!... ¡y eso por delante todo!... Resar, resar mejor es.

—Pero entonces—replicó Pachín lleno de asombro,—¿hasta cuándo va á estar usted de este arte?

—Hasta que Dios amanesiendo mañana, hijo... ó después.

Todo, en aquellas horas tremendas, era extraordinario y grande, como el infortunio que las había engendrado: hasta la piedad de los corazones más sencillos.

* * *

En el de Pachín González no quedaba más que una chispa de calor para sostenerle en el incierto andar con que seguía el camino de su posada: la esperanza levísima de encontrar en ella, y aguardándole, á su madre. ¡Pero si esta esperanza le salía fallida también!... Y cuando el pobre pensaba en ello, le abandonaba el vigor artificial sostenido por la tirantez de su espíritu, y se sentía desfallecer, le dolían las heridas de la cabeza, y tenía sed ardorosa, latidos en las sienes y mucho frío en las extremidades... En estas alternativas de vida y muerte, llegó á la posada; y febril, do-

lorido, desconsolado, se desplomó sobre la cama en cuanto la posadera respondió con un triste movimiento de cabeza á la pregunta que él la hizo con los ojos acobardados.

Ni razones, ni súplicas de la buena mujer y de las personas que la acompañaban, lograron sacarle del marasmo en que se hundió. Al verle así, en un estado más alarmante aún que la otra vez en el portal, se pensó en avisar á un médico para que le asistiera; pero ¡quién encontraba entonces un médico libre, cuando todos los de la ciudad no alcanzaban para atender á los grandes apuros de los tristes lugares en que se apilaban los heridos? Con desdichas tan grandes, ¿qué importaba el enfermo venturoso que se moría en su propia cama?... Había que renunciar á este recurso y valerse de los caseros. Y á ellos se acudió inmediatamente. Quieras que no, se le lavatearon las heridas, y se las curaron con menjerges en que abundaban el vino blanco, la ruda y el aceite; se le vendó la cabeza, y hasta se le obligó á desnudarse y á que se metiera en la cama, donde le hicieron tragar una buena ración de vino generoso. El pobre muchacho, primero insensible á todo, y después dejándose gobernar como una máquina, ni desplegaba los labios para pronunciar una sílaba, ni apenas abría los ojos. La vida exte-

rior no parecía interesarle lo más mínimo. Así permaneció largo rato. De pronto gritó «¡madre! ¡madre!» llevándose ambas manos á la cabeza, y rompió á llorar amargamente. Lloró mucho el infeliz, y llorando desahogó su pecho de las angustias que se le oprimían.

Cuando acabó de llorar, se le acercó la posadera enjugándose las lágrimas, contagiada por la aflicción de su huésped, para preguntarle si se sentía mejor. Pachín la respondía con una mirada en que se reflejaba más la gratitud que una respuesta afirmativa... Pero el hielo estaba roto, y eso buscaba la noble mujer para ingerirse por allí con otro remedio del orden moral, en el que fiaba mucho para esparcir los nubarrones de aquel cerebro enardecido. Había que hablarle, referirle «cosas entretenidas», distraerle, sin salirse del círculo de las ideas que le tenían tan amilanado; porque irse con la conversación por otros caminos más risueños, sería como burlarse de las tristezas del pobre muchacho. Y acomodado á esta pauta fué el relato de la posadera, sentada á la puerta de la alcoba. ¡Cómo y por dónde venían las cosas más negras, Señor de los cielos! ¡Qué descuidada estaba ella cuando!... ¡Jesús, María y José! De pronto creyó que habían reventado las cañerías del gas, porque propiamente parecían los tronidos debajo de

los balcones. No quedó un cristal á vida, retembló toda la casa y se resquebrajaron casi todos los tabiques: allí tenía Pachín uno de ellos, bien á la vista, si quería mirar. Pero ¿qué valían todas esas pequeñeces comparadas con lo que había ocurrido en otras casas del barrio, como pudo averiguar en cuanto se echó á la calle para saber lo que pasaba? Techos y tabiques enteros desplomados, escaleras descoyuntadas, y, lo que era peor, heridos á montones por los ladrillos y cascotes de la ruina... ¡Las cañerías del gas! ¡Buenas y gordas! Al descubrirse lo cierto, todo el mundo se asombraba de que hubiera quedado cosa con cosa en la ciudad, ni alma viviente para contarle. Pues en seguida le entró el recelo por la suerte de los que faltaban de su casa: tres personas, sin contar á Pachín y á su madre; pero todas habían ido volviendo, gracias á Dios, y allí presentes estaban entonces, menos la pobre mujer que no había llegado aún, pero que llegaría; ¡vaya si llegaría!: tenía ella, la patrona, buenas razones para afirmarlo... Pero ¡cuánta desgracia, Señor, y de qué pelaje muchísimas de ellas!... porque no había que decir: primeramente, todas las autoridades, desde el señor Gobernador civil, y luego... en fin, que no tenían cuenta los «malogrados». Esta era la cara «propiamente mala» del

asunto. La otra, no la buena, porque buena no la tenía desde ninguna parte que se mirase, ya era algo distinta. Quedaban los desaparecidos; los que habían sido amparados de repente, al ser barridos por el huracán, en esta tienda y en la de más allá, en esta casa ó en la otra. Pues todos habían de parecer á su hora; pero ¿quién sabía el cómo y el cuándo de tantas cosas raras como habían de suceder?... Por lo pronto, en cuanto amaneciera Dios, saldrían á la calle todos los papeles públicos atestados de noticias, bebidas en buenas fuentes; y en esas noticias habría para todos los gustos y para todas las necesidades de muchísimos desconsolados como Pachín. Conque no había que amilanarse por completo, ni perder la confianza en la misericordia de Dios...

Lo cierto fué que con el relato y los comentarios de la posadera, reforzados con la aquiescencia bien declarada de los circunstantes, Pachín fué pasando poco á poco del marasmo á la atención y de la atención al interés, hasta acabar por reanimarse y por tomar el alimento sólido y confortativo que le ofreció la patrona y que hasta entonces se había obstinado en rechazar. Con esto, y el cansancio de unas faenas tan extraordinarias como las suyas y las necesidades imperiosas de su naturaleza juvenil, llegó á dormirse profundamente; y

cuando de ello se convenció la posadera, apagó la luz de la alcoba y se alejó de allí, de puntillas, como todos sus acompañantes.

* * *

El sueño le agarró de tal manera, que no le soltó hasta la madrugada. Pero ¡bien caro le pagó entonces el infeliz! Es un hecho comprobado por la experiencia de muchas gentes, que cada hombre tiene designado por el mismo Lucifer un diablejo que se encarga de recogerle, en el momento en que se queda dormido, todos los pensamientos tristes que vagan por su cerebro, y de ponérselos delante de los ojos y á través de un cristal de aumento, en cuanto se despierta. Un diablejo de esa casta fué quien martirizó á Pachín, al despertarse, arrebatándole de pronto las plácidas visiones de su sueño, y poniéndole á la vista el cuadro de su negra realidad.

Jamás había tenido un sueño como aquél. Se había visto dichoso, completamente dichoso; y no porque se hubieran realizado sus ambiciones de gran señor, ni porque tuviera ya los billetes de Banco y el oro de las Indias á carretadas: al contrario, la dicha la había encontrado en el rincón de su aldea. ¡Pero qué